

"Erit sepulchrum ejus gloriosum"

Santiago, aquel que un día dejaba la barca, sus redes y remos, para ir con Jesús: luego que el Maestro al cielo fué ido, y en lenguas de fuego, el Espíritu Santo, marcaba las frentes de los elegidos, siguiendo el camino de plata que en el cielo había, en frágil velero, con velas tan blancas, como son las nubes ligeras—buenas mensajeras—cruzando esos mares—que son nuestro Mar—hacia Iberia vino, para predicar, la dulce armonía—que es más que alegría—de aquella palabra, formada de Luz.

Y al llegar a Iberia, diz, que por las rías del mar tenebroso y posar en ella sus plantas sagradas—primo era el Apostol, del dulce Jesús—el agua de la fuente, manada, fué el primer milagro, que en tierras de España, la luz alumbró.

Eran sus palabras, cual canto de amor, que a todos los hombres hacían dudar, al ver a lo lejos, un nuevo soñar: Eran sus palabras, el recio pilar, en que nuestra fe, se iba a levantar.

Los siglos—de lento cortejo—pasaron, y un día, pastores, vieron los reflejos de la luz divina, que el arca de piedra dejaba pasar; porque dentro había, aquel, que un día, iba con Jesús.

Los siglos—de lento cortejo—pasaron, y un día, guerreros, vieron al Apostol, cual noble guerrero, que a la lucha iba para defender a España, de la morería. Y al grito de guerra, que en dos continentes la gente lanzaba, la gloria de España, el aire llevaba.

Los siglos—de lento cortejo—pasaron, y un día—perdido ya, en la lejanía—iban a la luz—sombra de la Cruz—los hombres que amaban al dulce Jesús. Era el buen comienzo de aquel año Santo, que los hombres esperaban tanto: que en el pecho ardía aquel sentimiento—lleno de dulce contento—que forja en las almas, arrepentimiento.

Justo; era aquel día, el que anochecía, el que se esperaba con ansia mortal. Por eso, al dar sonoramente—rompiendo aquel silencio, precursor de ruidos—una a una y lentamente, fuertes campanadas—desde la alta torre de la Catedral—con tono rotundo—que llegan al alma aunque esté encerrada, allí en otro mundo, insensible a la eternidad—el pueblo sentía como una alegría, que hacía llorar.

El año comienza con cantos y gritos; los templos se abrieron y allí, en sus cruceros, junto a los altares, las velas chirrían, muy manso y muy quedo; como esas llamas que arden sin fuego, en el corazón del buen peregrino, que de lejos vino, a ver al Santiño: A ver al Apostol—primo de Jesús— a aquel que quiso dormir el eterno sueño en la dulce tierra gallega—tierra del ensueño, hecha poesía;—tierra que humedece de noche y de día: mojada por agua del cielo y por dulce llanto de un pueblo que siente, de un pueblo creyente.

A miles y miles, la gente llenaba las calles, posadas, iglesias y altares; todos los rincones están ocupados.

A miles y miles, los corazones, piden al Apostol, luz de luz que guíe; piden esa fe, que hace de la vida un canto risueño, aunque ella tenga tristezas y penas; porque al fin y al cabo, las penas de aquí—si la fe está viva—son allí alegrías.

Es el Año Santo, y hacia Santiago, de campo de estrellas, por faja de plata que el cielo dibuja, vienen por el mundo en peregrinaje, lleno de peligros—que todo rebosa de cruel maldad—el que es cristiano y desea dentro de su corazón—ir por un camino, que a través de prados húmedos y verdes, por bellos senderos que el agua armoniza y la piedra obscura y mojada, hechiza, conduzca al sepulcro del buen Santiago; que tras quebradizo y largo correr, lleve por senderos de iluminación.

Cuántas alegrías, el pecho sentía, cuando en lontananza—do el aire se pierde en la lejanía que mira hacia el mar, aquel mar, oscuro cuyo fin se ignora—por fin se veía, recia, fina y pulcra, cual joya de plata que artistas tejieron, una Catedral.

Aquella que buscan, porque en ella existe metido entre piedras, el Apostol Jaime; aquel que Jesús amaba y el «el hijo del trueno», llamaba.

Todo se ilumina al amanecer del año que nace, alegre y risueño, porque desconoce lo triste y lejano que él pueda traer.

Canciones y amores, juntan sus calores, con esos colores bellos de la Aurora, del amanecer: Es vida que nace, de fe y de amor; de tiempos lejanos, tiempos de ilusión; cuando el mundo se movía al compás del corazón.

Caminos antiguos, bellos peregrinos, tristezas y cantos, riñas y llantos: ¿dónde os fuisteis? ¿Es que el ruido del acero y el vapor, alejaron el misterio de vuestros cantos de amor?

Hoy, no puede ser peregrino, el que en camino de hierro a Galicia se encamina; no puede ser, sin fatiga, ganar el dulce perdón, aunque sienta el corazón, el triste remordimiento que—gota a gota, cayendo—ilumina la razón.

Qué maravillas los ríos, que separando las tierras que siempre fueron hermanas—porque son tierras hispanas—nos llevan—por la pendiente—a las rías deliciosas, donde el cielo, el mar y eso que llamamos tierra, se juntan, en deliciosa armonía.

Mientras exista Galicia y borden sus cresterías—en las rompientes del mar—esas rías de delicia donde se puede soñar, no tengáis miedo que muera, ese alegre cantar que lleva el alma de España; mezcla de amor y dolor, que encierra la poesía más sutil y más divina, que el alma pueda encontrar.

Esa dulzura, es Galicia; sus niñas y su cantar: si España tiene tristezas, vaya a su tierra a soñar, que si no acaba llorando, terminará por amar.

Relámpagos de luz, son las fuertes visiones; esas, que el viajero siente, cuando se fijan—como gravadas, en dura piedra—las emociones.

Hermosa ciudad, noble Santiago; a tu vista, el corazón salta de gozo y el alma queda iluminada.

Quien pisa la ciudad que suena a hueco—pues el mundo la dejó abandonada—siente dentro su pecho un ansia retardada, por todo lo que fué y ahora no es nada.

MIGUEL DE ESPAÑA
(continuará)

ORTOPEDIA RIBA

Av. del Generalísimo
Franco, 10 : Tel. 141

BRAGUEROS Y FAJAS DE TODAS CLASES :: MEDIAS DE GOMA
ARTÍCULOS DE GOMA, HIGIENE Y SANITARIOS
DEPURADORES DE AGUA «PERMO»